



y para sus objetivos, con respeto de todos los demás, y en producir unas elecciones generales siguientes a esa Constitución y a lo que parece inevitable disolución de las Cortes actuales. Tienen una gran responsabilidad en el diseño de la sociedad española, sin dejarse llevar del miedo o de la precaución excesivos: señalando cuáles son las concesiones a que tienen que llegar en respeto a los demás y en pro de una situación general en que nos encontramos. Son sobre todo responsables del desencanto que se está produciendo en torno al sistema parlamentario; desencanto que aprovechan todas las fuerzas partidarias de las formas de dictadura. Y tienen la obligación de denunciar todas las perturbaciones, todas las maniobras que tiendan a envolver en niebla los caminos de la libertad.

Pero no es sólo a las directivas de los partidos de la izquierda a quienes estamos hablando: es sobre todo a sus militantes, a sus electores, a sus simpatizantes: y a todos aquellos que, sin partido definido, sienten un humanismo de izquierdas y una necesidad de justicia, igualdad y libertad. Deben cesar de ver en los otros partidos a sus enemigos; deben cesar de ver, dentro de su propio partido, como traidores o como vendidos, o como contrarios, a aquellos que sostengan puntos de vista distintos de los suyos. No deben renunciar a su ideología, al enjuiciamiento general de la situación española, ni más allá a un concepto del hombre en el mundo. Pero deben exponerlo todo con serenidad, sin dejarse llevar por la histeria, que está mermando mucho en las clases políticas.

Es así, con reuniones frecuentes dentro de los partidos, y de los partidos entre sí, sin excesos de suspicacia, sin círculos viciosos de sospechas y sin voluntad de hegemonía, como puede enfrentarse una situación difícil. Que parece que nos está conduciendo a una democracia demasiado cerrada, demasiado limitada. Con ideologías, y hasta con utopías si es necesario, pero sin perder de vista la realidad inmediata. Sin beatitudes, sin dogmas, sin ortodoxias cerradas, sin exclusiones, sin sanciones, sin victorias, sin triunfalismos.

Sólo de esta manera conseguiremos descubrir, en la niebla, los caminos de la libertad. Que, siendo distintos para todos, conducen o deben conducir hacia un mismo fin. ■

Los
Contem
porá
neos

PILATOS

IMAGINESE usted que está condenado a muerte. No diga usted "a mí no me pasa eso", porque eso, en España, ha pasado antes y después a personas tan inocentes como usted. Y como yo. Imagínesse usted, pues, que está usted condenado a muerte, esperando... Y, mientras espera, le dicen a usted que se va a discutir la pena de muerte en el Congreso. Y que le añaden que todos están de acuerdo en suprimirla. Imagínesse usted que todos los oradores hablan contra la pena de muerte: todos. Pero que ponen dificultades de procedimiento. Imagínesse usted, condenado, que la mayoría dice que está absolutamente en contra de la pena de muerte, pero siempre que la abolición la hagan ellos, y no si la proponen otros. Y que estos enemigos singulares de la pena de muerte dicen "que antes de aceptarse el principio abolicionista debe llevarse a efecto una operación de política legislativa reequilibradora del sistema punitivo". ¿Le dará a usted tiempo a esperar la operación reequilibradora? ¿O le matarán a usted al amanecer siguiente, o al del otro día? ¿O le van a usted a tener en suspenso días y días, quizá meses, sin morir pero sin estar vivo, esperando la operación de política legislativa?

¿Qué pensará usted de estos enemigos de la pena de muerte?

Imagínesse usted que le dicen que la moción se ha rechazado por cinco votos de diferencia. Pueden explicarle a usted que así es la democracia: cinco votos de diferencia son suficientes para expresar una mayoría. En este caso, una mayoría que opina como la minoría, pero con la reserva del reequilibrio del sistema punitivo. ¿Qué pensará usted de esos cinco votantes?

Imagínesse usted que le dicen que once congresistas se han abstenido. Solamente seis de entre ellos hubieran votado a favor de la moción, su cuello de usted no estaría ya sometido a la operación garrote vil. Pero ahora, imagínesse usted que está en el pellejo de cualquiera de estos once señores. Resulta que si vota usted a favor de la abolición de la pena de muerte, está usted haciendo el juego de la oposición socialista, y usted no es socialista, ni quiere saber nada de ese partido. Y si vota usted en contra, resulta que está usted aplazando la abolición de la pena de muerte. ¿Es usted capaz de decidirse por el reequilibrio punitivo, por el partido socialista, por su contrariedad ante la idea del garrote vil? Su conciencia está en el aire: no sabe usted qué decidir. Y entonces, usted se abstiene.

¿Va usted ya comprendiendo a Pilato? Se abstuvo. Estaba pensando en el reequilibrio de la política legislativa del sistema punitivo. Y decidió lavarse las manos. Seguramente ya está usted metido en la piel de Pilato, y en la de los once abstencionistas. Pero como también está usted imaginando que es usted el condenado a muerte ¿qué hace usted? ¿Con cuál de los dos seres imaginarios que ha incorporado usted —para imaginar— se siente más solidario?

¿Qué está usted pensando ahora, si se le ha sumado el ectoplasma del condenado a muerte? No importa, no se moleste en decirlo. Usted, condenado, no tiene nada que ver con este asunto. Lo que importa es que no gane una moción socialista, o que se replantee esa cosa, o que no pierda puntos el Gobierno. La pena de muerte es, finalmente, lo de menos. Y menos aún que la pena de muerte, el condenado a muerte. La pena de muerte es algo que se puede pensar en abstracto, y ese conviene a la política de ahora. En cambio, el condenado a muerte es un ser humano, con su terrible angustia y su espantosa esperanza. Y el ser humano, ahora, cuenta poco. ■

POZUELO